

ro del cielo me lo favorezca; no vea yo el rigor y el aspereza del cierzo, que, como se ve, es un viento dañisísimo y por su demasiado rigor abrasa y quema los jardines y huertos; «venga el ábrego,» y sople en este huerto mio con airecito templado y suave, para que con el calor despierte el olor, con el movimiento se lleve y derame por mil partes; por manera que todos gocen de suavidad y deleite. Y esta bendición es dicha así y muy graciosamente, por irse conforme á la naturaleza del huerto de que habla; porque es regla que cuando bendicimos ó maldecimos ó aborrecemos alguna persona ó cosa tal, la maldición ó bendición ha de ser conforme á su oficio ó naturaleza, conforme lo hizo David en aquella lamentación sobre la muerte de Saul, diciendo: «Oh montes de Gelboé, estériles seais, sin ningún fruto ni planta, privados del beneficio del cielo, y rocío ni agua descienda sobre vosotros!»

CAPÍTULO V.

ESPOSA.

1 Venga el mi amado á su huerto y coma las frutas de sus manzanas delicadas.

ESPOSO.

Vén á mi huerto, hermana mia, esposa; cogí mi mirra y mis olores, comí mi panal con la miel mia, bebí el vino y la mi leche, comed, compañeros, y bebed y embriagaos.

ESPOSA.

2 Yo duermo y el mi corazón vela; la voz de mi querido llama. Abre, hermana mia, compañera mia, paloma mia, perfecta mia, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche.

3 Desnudéme mi vestidura, ¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies, ¿cómo me los ensuciaré?

4 Mi amado metió la mano por el resquicio de las puertas, y mis entrañas se me estremecieron en mí.

5 Levantéme para abrir á mi amado, y mis manos gotteando mirra, y mis dedos mirra, que corre sobre los goznes de la aldaba.

6 Yo abrí á mi amado, y mi amado se había ido y se había pasado. Mi ánima se me salió en el hablar de él: busquéle y no le hallé, llaméle y no respondió.

7 Halláronme los guardas que rondan la ciudad; hirieronme, tomáronme el mi manto que sobre mí tenía las guardas de los muros.

8 Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, que si halláredes á mi querido, me le hagais saber que soy enferma de amores.

COMPAÑERAS DE LA ESPOSA.

9 ¿Qué tiene tu amado mas que otro amado, porque así nos conjuraste?

10 El mi amado blanco y colorado (trae bandera) entre los millares.

11 Su cabeza oro de Tíbar, sus cabellos crespos, negros como cuervo.

12 Sus ojos como los de paloma junto á los arroyos de las aguas bañadas con leche, junto á la llanura.

13 Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección, sus labios, violetas que destilan mirra que corre.

14 Sus manos, rollos de oro que viene de Tarsis. Su vientre blanco, de ebur cercado de zafiros.

15 Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre las basas de oro fino. El su semblante como el del Líbano, erguido como los cedros.

16 Su paladar dulzura, y todo él deseo: tal es mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalem.

GUARDAS.

17 ¿Adónde se fué el tu amado, hermosa entre las mujeres? Dónde se volvió el tu querido, y buscarle hemos contigo?

COMENTO.

«Venga mi amado á su huerto.» Como acabó de hablar en huertas el esposo, la esposa, avisada de ello, acuérdate de uno que tenía su amado, que por ventura es el mismo de que hizo la comparación arriba dicha, y ruégale que se deje ir donde van y que se vayan allá juntos á comer de las manzanas; ó por mejor decir, porque le había hecho semejante á un hermoso huerto y deleitoso, y ella agora por estas palabras encubiertas y honestamente se le ofrece así, y le convida á que goce de sus amores, como si mas claro dijera: Pues vos me hicisteis semejante á un jardín bello, ¡oh amado esposo! y dijisteis yo era vuestro huerto, vos venid, esposo mio, coged y comeréis de los buenos frutos que en este vuestro huerto tanto os han costado; á lo que responde el esposo, diciendo: «Vendré á mi huerto, esposa mia, hermana mia;» en lo cual dice que, pues ella le convida con la posesión y con la fruta de su huerto, á él le place el venir á él y hacerle suyo, que por tal le tiene, siendo él y su esposa una misma cosa; y porque la nombra debajo de figura de huerto, y dice que vendrá á solazarse con ella, prosiguiendo por las mismas figuras, dice, no por las mismas palabras sencillas, sino como por rodeos y señas, explicando con gentiles palabras todo lo que suele hacerse en cualquier deleitoso huerto cuando algunas gentes se juntan en él para vacarse y tomar solaz, que no solamente cogen olorosas flores ó yerbas, pero también suelen comer ó merendar en él, ó llevar viandas y vino, y allá cogen de las frutas que hay. Por eso dice el esposo: «Comí mi panal con mi miel;» como si dijera: Yo vendré prestísimo á este mi huerto, y cogeré la mirra mia, con las demás flores que en él se crían; comerémos en él frutas dulcísimas, á las cuales mi esposa me ha convidado, y panales de miel que allá en el huerto hay, y mucha leche y mucho vino, de manera que nos regocijemos mucho; y como si estuviera ya en él, convida á sus compañeros los pastores que beban y se regocijen, como suelen decir los amigos que conciertan de ir á algún jardín: Irémos allá, comerémos y regocijarnos hemos hasta embeodarnos; no porque ha de ser así, sino por un encarecimiento de lo mucho que desean solazar; y así dice: Comed, compañeros, y bebed hasta que os embeodeis; como se suele decir en los convites alegres, cuando con regocijo se convidan unos á otros; y esto para declarar el esposo la determinación y deseo que tenía de regocijarse y deleitarse con su esposa, que es aquí la que es señalada por huerto, de quien se habla.

La palabra *vine*, que es del tiempo pasado, declaramos del tiempo venidero, diciendo: Yo vendré; asimismo las otras, *comí, cogí, bebí, cogeré, beberé*; porque es cosa muy usada y recibida en la Sagrada Escritura poner pasado por futuro, y futuro por pasado; y esto se ve en todas las demás promesas que la divina Palabra hace por sus profetas, para mostrar que son tan ciertas como si fuesen ya pasadas y cumplidas; y

así, en los salmos, las cosas que se esperan, muchas veces se dicen por tiempo pasado, como es aquello: «Y mi hijo despertó á los enemigos,» que los despertará; y diciendo «leche y vino y panales de miel», á la letra se guarda el decoro y conveniencia de la persona que habla; porque una pastora semejantes comidas usa, con el abundancia de ellas se deleita mucho, como los delicados con las soberbias comidas.

Hase de entender aquí que, dicho esto, se fué el esposo, y vino la tarde, y pasó aquel día y amaneció otro; y la esposa cuenta lo que en aquella noche le había acontecido con su esposo, que la vino á ver y llamó á su puerta, y por poco que se detuvo en abrirle se tornó á ir, que fué causa que ella saliese de su casa perdida de noche y se fuese á buscallo; lo que todo cuenta, y cada cosa en particular, con extraña gracia y sentimiento.

«Yo duermo y mi corazón vela.» Dicese del que ama que no vive consigo sino la mitad, y la otra mitad, que es la mejor parte de él, vive y está con la cosa amada. Porque, como nuestra alma tenga dos oficios, uno de criar y conservar el cuerpo, y el otro, que es el pensar é imaginar, ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el mayor y mas principal; cuando uno ama, este oficio, que es de pensar é imaginar, nunca lo emplea en sí, sino en aquella cosa á quien ama, contemplando en ella y tratando siempre de ella; solamente obra consigo las obras de su cuerpo, aquello primero que es un poco de su presencia y cuidado, cuanto es menester para tenerle en vida y sustentarle, y aun esto no todas veces muy enteramente. Esto así parece; y supuesto simplemente, sin mas filosofar en ello, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela;» porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo, ni toda ella reposa, porque su corazón no está en ella, sino en su amado está siempre; que, como se ha entregado al amor y servicio de su esposo, no tiene que ver con ella en su provecho; que el uno queria huir los trabajos del amor, mas el corazón dice: Yo los quiero sufrir. Dice el que ama: Grave carga es esta; responde el corazón: Llevarla tenemos. Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida y la esperanza; halo el corazón por bien empleado todo; y así, cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y negociando con las fantasmas del amor, y recibiendo y enviando mensajes; y por esto dice: «Yo duermo y mi corazón vela;» que es decir: Aunque yo duerma, el amor de mi esposo y el cuidado de su ausencia me tiene sobresaltada y media despierta, y así oí fácilmente su voz. O podemos decir que llama al esposo á su corazón por requiebro, conforme á como se suele decir comunmente; y segun esto, dice que cuando ella reposaba, su corazón, esto es, su esposo, estaba velando; que es un lastimarse de su trabajo en mostrar lo mucho que de él es querida. Lo cual es muy propio á Dios, cuyo amor sumo y ardentísimo con los hombres se va declarando debajo de estas figuras, que muchas veces, cuando los suyos están mas olvidados de él, entonces por su grande amor los vela y los rodea con mayor cuidado.

«Voz de mi esposo.» Dice que al punto que ella despierte el sueño (el cual, por causa de traer alborotado y desasosegado el corazón, tenía ligero) llega el esposo y llama á la puerta, cuya voz ella bien conoce; el cual le dice así: «Abreme, hermana mia;» que todas son palabras llenas de regalo y que muestran bien el amor que le traía vencido; y en este repetir cada palabra tantas veces muestra bien el afecto con que le llama, para moverla á abrir á aquel de quien tanto es amada. «Acabada mia,» el amor no halla falta en lo que ama. Así lo dice Salomón: «El amor y caridad encubre mucho la muchedumbre de los pecados;» esto es, hacen que no se echen de ver los defectos del que es amado, por muchos que sean. Y á la verdad la esposa, de quien se habla aquí, que es la Iglesia de los justos, es en todas sus cosas acabada y perfecta por el beneficio y gracia de la sangre de Cristo, como dice el Apóstol; y por eso dice «acabada mia», como si dijera: Por mis manos y trabajos hermozeada y perfeccionada, y vuelta así linda y hermosa como paloma. Y porque no puede sufrir quien ama de ver padecer á su amado, dice: «Que mi cabeza llena es de rocío;» que es decir: Cata que no puedo estar fuera, que hace gran sereno y cae grave rocío, del cual traigo llena mi cabeza y cabellos; en que muestra la grande necesidad que traía de tomar reposo y obligar á que abra con mayor brevedad y voluntad.

Esto decia el esposo; mas ella, así que le oyó, comenzó á decir entre sí con una tierna y regalada pereza: «Desnudéme mis vestiduras;» que es decir: ¡Ay cuidada! yo estaba desnuda, ¿y tengo de tornarme á vestir? y los mis pies, que ahora me los acabo de lavar, ¿téngolos de ensuciar luego? En lo que se pinta un melindre muy al vivo, que es muy comun á las mujeres, haciéndose esquivas donde no es menester; y aun muchas, deseando mucho una cosa, cuando la tienen á la mano fingen enfadarse della y que no la quieren. Había la esposa deseado que viniese, y dicho que no podía vivir sin él ni una sola hora, y rogándole que venga, y despertando con alegría á la primera voz del esposo y al primer golpe que dió á la puerta, y agora, que le ve venido, ensoberbécese y emperza en abrirle, y hace de la delicada por hacerle penar y ganar aquella victoria mas de él. Y dice, poniendo otras excusas: Desnudéme en mi cama de mi vestidura, ¿cómo me la tornaré á vestir, que estará fria? Lavéme mis pies poco há para acostarme, ¿téngolos ahora de ensuciar poniéndolos en el suelo? Es gentil trueco este, que viene el esposo cansado y mojado, habiendo pasado por el sereno y mal rato de la noche, y ella rehusa de sufrir por él la camisa fria; en que, como digo, muestra bien la condición y natural genio de su linaje, que lo que mas aman y desean, cuando lo ven presente, cualquiera cosa que tienen hace que lo estorbe, y hacen mil melindres y niñerías. Aunque decir esto la esposa no se entiende que no quiera abrir á su esposo, que esto no se sufría en un amor tan verdadero y encendido; sino que, presupuesto que lo quiere y ha de hacer, muestra pesarle que no hubiese venido un poco antes, que ella estaba vestida y por lavar, para no tener agora que vestirse y desnudarse tantas veces.

«El mi amado metió la mano por entre el resquicio

de la puerta, y mis entrañas se estremecieron en mí.» Dice agora que, como se detuviese un poco, á lo que se entiende, en tomar sus vestidos, no sufriendo dilacion su esposo, tanteó de abrir la puerta, metió la mano por entre los resquicios de ella, procurando de alcanzar el aldaba, y que ella, sintiéndola, toda muy turbada en ver su prisa, y como causándole dolor en las entrañas de la pereza que habia mostrado y de su tardanza, así como estaba, medio vestida y revuelta, acudió á abrir; y así dice:

«Levánteme á abrir á mi amado; las mis manos destilaron mirra, que cae sobre los goznes del aldaba.» Presupónese que levantándose, tomó cualquier botecillo de mirra, esto es, de algun precioso licor confeccionado con ella, para en entrando recibir y recrear con ella al esposo, que venia cansado y fatigado, como se suele hacer entre los enamorados; que en todo, aun hasta esto, guarda Salomon con maravilloso aviso é ingenio todas las propiedades que hay, así en palabras como en hechos, entre dos personas que se quieren bien, cuales son las que en este su cantar introduce. Dice pues que, con la prisa que llevaba de abrir á su esposo, estuvo á punto de caérsele el botecillo; pero al fin se le volvió y derramó entre las manos y sobre los goznes del aldaba que estaba abriendo. «Mirra que corre,» no quiere decir que corrió y se derramó sobre la aldaba, aunque fuese así como he dicho; sino es decir mirra líquida, á diferencia de la que ya está cuajada en granos, como es la que comunmente vemos; ó lo que tengo por mas cierto y mas conforme al parecer de san Jerónimo y los hebreos, es dicha mirra excelentísima y líquida, porque la palabra hebrea *hober* quiere decir corriente, que pasa por buena por todas partes; lo cual, segun la propiedad de aquella lengua, es decir que es muy buena y perfecta, y aprobada de todos los que la ven, conforme á lo que en nuestra lengua solemos decir de la moneda de ley, que es moneda que corre.

«Yo abrí al mi amado, y el mi amado, etc.» Y dice que, por presto que abrió, ya el esposo, enojado de la tardanza, se habia pasado de largo. A muy buen tiempo usa el esposo del tanto por tanto con su esposa, porque viendo que ella al principio no le quiso abrir, dándole así á entender que no le habia menester, él prueba abrir la puerta, mas cuando sintió que se levantaba á abrir la puerta y que venia, quisole pagar la burla, como si dijese: Vos quereis darme á entender que podeis estar sin mí; pues yo os daré á entender cómo yo puedo sufrir mas sin vos que vos sin mí; y así se ausenta, no aborreciéndola, sino castigándola y haciéndola penar un rato entre esperanzas y temores, para que esté mas pronta despues, y juntamente escarmiente.

Dice pues: «Yo abrí á mi amado,» y no le hallé á la puerta como pensaba, porque se era ya ido y pasado de largo. Bien se entiende la tristeza de la esposa en decir estas palabras, como aquella que juntamente se halla corrida y triste de su descuido; y así, parecen las palabras como de asombrada y medio fuera de sí; que la repetición de su decir que se era ido y que se habia pasado denota esto. «Mi alma se salió en el su hablar;» esto es, derritióse el alma en su amor y pena en verle

ido; mas yo iré y le buscaré y le daré voces, henchiré el aire del sonido de su nombre, porque me responda y venga á mí. Mas ¡ay de mí! que procurándolo, no le hallo, y llamándole, no me responde; y así dice: «Busquéle y no le hallé; llaméle y no me respondió;» de donde se entiende la ansia con que quedaba, y cuenta juntamente las desgracias que tras ello le acontecieron buscando á su esposo, «que se encontraron con ella las guardas que de noche guardan y rondan la ciudad;» y como entre los tales siempre hay capeadores y ladrones, gente traviesa y desconocida, dice que la hirieron, dándole algunos golpes, como á mujer sola, y que la quitaron el manto ó mantilla con que se cubria, y socorrieron á su pasion con esta buena obra; y así dice: «Tápáronme las rondas que rondan la ciudad, y quitáronme el manto de sobre mí,» esto es, con que me cubria, «las guardas de los muros.» Esto ya va dicho así, no porque aconteciese á la hija de Faraon por esta manera que aquí habla, sino porque á persona de enamorada, que aquí representa, es natural buscar con tanta ansia en todos y semejantes tiempos á sus amores, y con el andar de noche siempre andan juntos tales acontecimientos. Segun el Espíritu, es gran verdad que todos los que con ansia buscan á Cristo y á la virtud, estos tropiezan siempre en grandes estorbos y contradicciones; y es cosa de grande admiracion que los que tienen de oficio la guarda y vela y celo del bien público, y en quien de razon habia de tener todo su amparo la virtud, estos por la mayor parte la persiguen y maltratan.

«Conjúroos, hijas de Jerusalem.» Con la mayor pena que sentia de no hallar á su esposo, que duele mas que todo el resto, no echó mucho de ver ni se agravia del mal tratamiento que de las guardas recibia; y así, en lugar de quejarse de su mal comedimiento, ó de recogerse á su casa y huir de sus manos, ruega á las vecinas de Jerusalem que le den nuevas de su amor, si le han visto, y sino, que le ayuden á buscarle; que es propio del verdadero amor crecer mas y encenderse cuando mas dificultades se le ofrecen y peligros se le proponen delante. Dice mas: «Y le contaréis que estoy enferma de amor;» conforme á lo que suele decirse comunmente en nuestra lengua: que parece que me fino de amor; y es de considerar que, aunque estaba fatigada de buscarle, y maltratada y despojada por el comedimiento de los que la toparon, no les manda decir su congoja ni su cansancio, ni el trabajo que ha puesto en su busca, ni los desastres sucedidos; sino lo que padece por su amor, por dos causas: la una, porque esta pasion, como la mayor de todas, vence el sentimiento de las demás y las borra de la memoria; la otra, porque ninguna cosa podia ni era justo que pudiese con el esposo para inducille á que volviese, tanto como el saber el ardiente y vivo amor de su esposa, como representalle lo que le amaba y su enfermedad; porque no hay cosa mas eficaz ni que pueda tanto con quien ama, como saber que es amado; que siempre fué el verdadero cebo y piedra iman del amor. Este mismo amor induce á que algunas mujeres de Jerusalem que la oyeron, parte maravilladas que una doncella tan bella á tal hora anduviese con tanta ansia buscando á su amado, parte movidas

á lástima y compasion de su ardiente deseo, le preguntan cuál sea este su amado, por quien tanto se queja, y en qué se aventajaba á los demás, que merezca el extremo que hace buscándole á tal hora; lo cual otra no haria, creyendo que esto nacia de grandeza de amor ó de alguna locura y desatino, ó por ventura por ser el amado merecedor de todo esto; y así dicen:

«¿Qué tiene tu amado mas que otro amado, oh hermosa entre las mujeres? Qué tiene tu amado sobre otro amado, pues que así nos preguntas? Que es decir: ¿En qué se aventaja este que tú amas entre los demás manebos y personas que quieren ser queridas? Y esto preguntanlo por dos causas: la una, como pidiendo razon del grande y excesivo amor que se le mostraba, que era justo fuese así por alguna señal de ventaja que hubiese su esposo entre todos los demás hombres; la otra, para por las señas que diese poderlo conocer cuando lo vieses. A lo cual responde: «Mi amado, blanco y colorado, trae la bandera sobre los millares.» Da al principio la esposa las señas de su esposo generalmente, diciendo que es blanco y colorado; despues va señalando las partes de su belleza, cada una en su lugar. Dice pues: Sabed, hermanas mías, que el mi amado es blanco y rojo, porque de léjos le conozeais con la luz de estos colores, que son tan perfectos, que entre millares se diferencia y hace raya y lleva la bandera; y por ser primero de todos ellos la lleva. La palabra hebrea *dagul* significa al que lleva la bandera, y así, aquí quiere decir el alférez; y con ella, por semejanza, se puede significar todo lo que se señala en cualquiera cosa, como es señalado el alférez entre los de su escuadron, lo cual por la misma forma se dice en nuestra lengua. Y así, san Jerónimo, atendiendo mas al sentido que á la palabra, tradujo: «Escogido entre mil;» en las cuales palabras se entiende como encubierta una reprehension á las que piden señas de su esposo, como si dijese: No hay para qué os diga quién ni cuál es mi esposo, que entre mil que esté se echa de ver y descubre. Pero prosigue relatando sus propiedades, porque es natural del amor deleitarse y como saborearse de traer siempre á la memoria y en la boca al que ama, por cualquiera ocasion que sea.

Pues dice: «Su cabeza como oro de Tíbar;» esto es, su cabeza es muy gentil, redonda y bien proporcionada, como hecha de oro acendrado sin ninguna falta ni tacha. Porque cosa es usada entre todas las lenguas, para decir que cualquiera cosa es perfecta y agraciada, decir que es hecha de oro; y por esto lo dice la esposa aquí, y no por ser rubios los cabellos, como luego veremos ser negros; porque en las tierras orientales y en todas las tierras calientes tienen por galano el cabello negro, como aun hasta hoy se precian los moros; y así añade: «Sus cabellos crespos, negros como cuervo.» Y cierto, al rostro de un hombre muy blanco mejor le están los cabellos negros y barba que los rubios, por ser colores contrarios, que el uno da luz al otro.

Dice mas: «Sus ojos como de paloma en los arroyos de las aguas, bañadas en leche.» Ya he dicho que las palomas de aquella tierra, que agora llaman tripolinas, son de bellísimos ojos, y parécenlo mucho mas con las calidades que añade luego, diciendo: «En los arro-

jos;» porque señaladamente cuando salen de bañarse les relucen y centellean en gran manera, y los que las compran, suelen con la mano mojada mojarle los ojos, y en aquel relucir y relampaguear de ellos conocen su fineza; y así, dice la esposa que los ojos de su esposo son tan hermosos como los ojos de las tales palomas cuando mas hermosos se les ponen, que es cuando se lavan junto á las corrientes de las aguas, donde se bañan y refrescan y cobran una particular gracia.

«Bañadas en leche;» esto es, blancas como la leche, que es la color que mas agrada en la paloma. «Reposan sobre la llenura;» quise traducir así para dar lugar á todas las diferencias de sentidos que los expositores é intérpretes imaginan aquí, dándonos esta libertad el original, donde puntualmente se dice por las mismas palabras. Algunos entienden aquí que la llenura debe ser agua, cuales son rios grandes y estanques, y de este parecer es san Jerónimo, y traslada que reposan junto á los rios grandes y muy llenos, que es repetir sin necesidad lo mismo que acaba de decir: Junto á las corrientes de las aguas. A otros les parece entender que este lleno que se dice aquí son vasos grandes llenos de leche; pero es cosa ajena y muy torcida. Podriase decir que por aquella palabra *meleoth*, que en lo que suena significa llenura ó enchimiento, en algunos lugares de la Escritura por ella se explica lo que es acabado y perfecto; porque todo lo tal es lleno en su género. Así que, se podria decir que estar en la llenura las palomas bañadas en leche, es decir que están del todo y perfectamente bañadas; esto es, que son perfectamente blancas, sin tener mancilla de otro color; conforme á esto, dirá la letra: «Tus ojos como paloma junto á las corrientes de las aguas, que se bañan en leche y quedan enteramente bañadas. El sentido cierto es, que la palabra hebrea que hemos dicho, significa todo aquello que teniendo algun asiento ó lugar vacío ó señalado para su asiento, hinche bien tal lugar, que viene medido con él, como un diamante que iguala bien en su engaste, ó una paloma que hinche bien el agujero de la piedra donde hace su nido, porque las palomas parecen bien en uno ó en dos lugares, ó junto á los arroyos donde se bañan, ó puestas en el nido, como se vió arriba, donde, por mayor encarecimiento ó requiebro, el esposo llama á la esposa «paloma puesta en el agujero del paredon», esto es, en su nido; por esta causa aquí la esposa, para encarecer los hermosos ojos del esposo, compáralos á los de la paloma en aquellos lugares en que están mas hermosos y parecen mejor. Así dice: Son como de palomas junto á las corrientes de las aguas; como palomas blanquísimas, que con su gentil grandeza hinchen bien y ocupan y hacen llenos sus nidos donde reposan.

«Las sus mejillas como hileras de yerbas aromáticas de plantas olorosas.» Por las mejillas se entiende todo el rostro y todo lo que en español llamamos *faces*; el cual dice que es tan hermoso y tan bien asentado de gentil parecer y gracia, cuanto lo son y parecen unas eras de yerbas y plantas aromáticas puestas por gentil orden y criadas con cuidado y regalo, como se crian y ponen en Palestina y Oriente, donde la esposa habla y donde se da esta yerba mas que en otra parte. Pues

como son hermosas estas yerbas en igualdad y parecer, así lo es, y no menos agraciado, el rostro del esposo; y así añade: «De plantas olorosas.»

Dice mas: «Los labios como azucenas.» Dioscórides, en el capítulo que trata de ellas, confiesa que hay un género de ellas coloradas como un carmin, á las cuales se entiende en este lugar ser semejantes los labios del esposo, que no solo eran colorados, sino olorosos tambien; y por eso añade: «De los cuales se destila mirra que corre;» esto es, fina y preciada, como habemos dicho.

Es muy digno de considerar aquí el grande artificio con que la rústica esposa loa á su esposo; porque los que mucho quieren encarecer una cosa, alabando y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llenos y propios, y dicen los nombres de las cosas en que mas perfectamente se halla aquella propiedad y calidad de lo que loan, lo cual da mayor encarecimiento y mayor gracia á lo que se dice; como lo hace aquel gran poeta toscano, que habiendo de loar los cabellos, los llama oro; á los labios, rosas ó grana; á los dientes, perlas; á los ojos, luces, lumbres ó estrellas; el cual artificio se guarda en la Escritura Sagrada mas que en otra del mundo; y así, vemos que aquí la esposa procede de esta manera. Porque, diciendo de los ojos que son de paloma, dice mas que si dijera que eran hermosos; y las mejillas como las hileras de las plantas, las loa mas que si dijera parejas iguales y graciosas; y por el mismo tenor alaba las manos, diciendo:

«Las sus manos como rollos de oro que viene de Tarsis.» En lo cual alaba la gracia y composicion de ellas, por ser largas y los dedos rollizos, tan lindos como si fuesen torneados de oro, y la piedra tarsis, que se llama así de la provincia donde se halla, es un poco entre roja y blanca, segun la pinta un hebreo antiguo llamado Alvenecio; y segun esto, da á entender la esposa las uñas en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes, como lo son las piedras preciosas de Tarsis. Y por tanto, las manos en su hechura y con sus uñas son como rollos de oro rematados en tarsis, que diciendo aquí de las manos que son como rollos de oro, solamente habla de la hechura y gracia de ellas; que del color ya ha dicho que son blancas y coloradas cuando arriba dijo: «Mi esposo blanco y colorado.» Luego dice por el mismo estilo y semejanza de hablar:

«El su vientre blanco diente, adornado de zafiros.» Su vientre, esto es, su pecho y sus carnes, blanco diente; esto es, marfil que se hace de los dientes de los elefantes, que son blanquísimos. «Adornados de zafiros,» que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer, que es decir: Todo él es pulido, y así lucido y resplandeciente como una piedra de marfil blanquísima cercada de piedras preciosas.

«Las sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;» en que se muestra la firmeza y gentil postura y proporcion de ellas; y habiendo loado á su esposo tan en particular como habemos dicho y visto, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los piés, torna, como no bien satisfecha de lo dicho ni de las señas dadas, á comprehender en

breves palabras lo que ha publicado; y ahora muéstramas, diciendo:

«El su semblante como el del Líbano;» en que muestra con harta significacion la majestad, hermosura y gentil postura del esposo, como lo es cosa bellísima y de gran demostracion de majestad un grande monte alto, cual es el Líbano, de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos. Dice mas:

«Erguido como cedro.» En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir: Dispuesto como un pino; que así el pino como el cedro son árboles altos y bien salidos. Donde decimos *erguido*, la palabra hebrea *tob* quiere decir escogido, y es propiedad de aquella lengua llamar así á los hombres altos y de buen cuerpo, porque á la verdad, la disposicion los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así dice en el primero de los *Reyes* el capítulo 9, del padre de Saul, que tenia un hijo llamado Saul, que era escogido y bueno, esto es, hermoso y bien dispuesto, como de hecho lo era Saul. Asimismo en el capítulo 11 del *Eclesiastes*, donde dice la letra vulgar: «Huégate, date al placer, ándate á la flor del berro, mancebo, en la juventud; que presto te se pedirá cuenta estrecha;» está la misma palabra, que es decir: «Huégate, erguidillo;» en lo cual, como se ve claro, el Espíritu Santo usa de un donaire por el cabo bellissimo, que siendo su intento en aquellas palabras, usando de una artificiosa y fingida simulacion, y como pervirtiéndolas, debajo de alargarles la vanidad á los mancebos, escarnece de su liviandad, que se andan siempre al buen tiempo, y cogiendo, como dicen, la flor del berro, desacordándose de lo que está por venir y les puede suceder; así que, siendo el intento del Señor reprender moñando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con pena, no les llama con el nombre propio de su edad, sino llámalos *erguidos*, usando del nombre que declarase al natural el brio, altivez y lozanía, que es la fuente de donde nace no mirar ni curar lo que está por venir, y aquel coger sin rienda y sin medida el fruto del deleite y el pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Pues tornando á nuestro propósito, concluye la esposa finalmente, diciendo: «El su paladar;» esto es, su habla *dulzuras*; esto es, dulcísima y suavísima; «y todo él deseo;» esto es, amable, y tal, que convida por todas partes á que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalem;» como si añadiendo dijese: Porque veais si tengo razón de buscallo y de estar ansiosa en no hallalle.

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la esposa, y conociendo con cuán justa razon la tenia el esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora á compasion su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo á la esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree ó imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán á buscar; y así dicen: «¿Adónde fué tu amado, bellissima entre las mujeres? ¿Hacia dónde se volvió tu amado, y buscarle hemos contigo?» A lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue, diciendo:

CAPÍTULO VI.

ESPOSA.

1 El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores.

2 Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

ESPOSO.

3 Hermosa eres, amiga mia, como Tirsa, bella como Jerusalem, terrible como los escuadrones con banderas tendidas.

4 Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad.

5 Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.

6 Tus sienes son como un casco de granada entre tu cabello.

7 Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin cuento.

8 Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, es la escogida á la que le parió. Viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron.

9 ¿Quién es esta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

10 Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid y si florecen los granados.

ESPOSA.

11 No sé; mi ánima me puso como los carros de Amnabab.

12 Torna, torna, Sunnamita; torna, torna, y verte hemos.

COMENTO.

«El mi amado descendió al su huerto.» Si de cierto sabía que estaba en el huerto su esposo, por demás era el andar á buscarlo por la ciudad y en otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sentido parecen ciertas, se han de entender con alguna duda haber sido dichas, como si la esposa, respondiendo á las dueñas de Jerusalem, dijese: Buscádole he por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir á ver su huerto, adonde suele ir á apacentar; ó digamos que esta no es respuesta de la esposa á la pregunta que hicieron aquellas dueñas, sino que luego que acabó de hablallas se dió á buscar á su esposo, y saliendo de la ciudad á buscallo al campo hácia el huerto suyo, que estaba en lo bajo, sintió la voz ú otras señales manifiestas de su esposo, y arrebatada de alegría, de improviso comenzó á decir: ¡Ay! Véisle aquí al mi amado y al que me trae perdida buscándole, que al su huerto descendió. Porque ella le buscaba en Jerusalem, que era ciudad puesta en lo alto de un monte, y en los arrabales ó aldeas que están al pié se finge estar el huerto de esta rústica esposa y otros de sus vecinos, como es uso; y dice que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido á holgarse y recrearse entre los lirios y violetas. Dice mas: «Yo al mi amado, y el mi amado á mí.» Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar á voces, como si dijese: Hola, amado mio, ¿oisme, entendeisme?

De donde se entiende que salió á buscallo al campo hácia el lugar adó está el huerto, y sintiendo estar en él, llámale, como he dicho, para que le responda. A la cual voz sale el esposo, y viendo á su amada, y la aficion grande con que le busca, enciéndose en un nuevo y vivo amor, y recíbele con mayores y mas encendidos regalos que antes, y mas encarecidos requiebros, diciendo:

«Hermosa, hermosa eres así como Tirsa.» Encarece grandemente los loores de su esposa, porque en los capítulos de arriba, para loar la variedad de su gentileza y hermosura, la apoda á un huerto, y agora le hace semejante á dos ciudades las mas hermosas que habia en aquella tierra, Tirsa y Jerusalem. Tirsa es nombrada una ciudad de Israel, noble y populosa, donde los reyes tenian su asiento antes que se edificase Samaria. San Jerónimo, donde dice Tirsa, traslada cosa suave; y los setenta intérpretes ponen contento, sosiego, diciendo: «Hermosa eres como el contento y deleite;» y es porque miraron la derivacion y etimología del vocablo, y no lo que de hecho significa, que es aquella ciudad, así dicha por el contento y descanso que daba al que la moraba, por su asiento y habitacion de ella descansado y apacible. Jerusalem era la mas principal ciudad y la mas hermosa que habia en toda la Palestina, y aun en todo Oriente, segun sabemos por las escrituras hebreas y gentiles; tanto, que David hizo un salmo loando á la letra la grandeza, beldad y fortaleza de Jerusalem.

Pues á estas dos ciudades dice el esposo que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y grandeza de la esposa, diciendo: Tan grande maravilla he visto, tan hermosa eres en todo y por todo, cuanto lo es ver estas dos ciudades, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios, la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande admiracion. A la verdad, es muy al propósito para declarar el mucho espanto que pone al amor del esposo la vista de su esposa, y cuán grande y cuán incomparable y fuera de toda medida le parece su hermosura; pues para explicar lo que sentia no le venian á la boca menores cosas que ciudades, y ciudades tan populosas; esto es, cosas cuya hermosura consiste en mucha variedad y grandeza. Dice mas:

«Terrible como ejército con banderas tendidas.» No espanta menos un extremo de bien que lo que hace extremado mal; y así, para mayor encarecimiento dice á la esposa que le pone espanto, y que así le saca de sí el excesivo extremo de su belleza, que está ya á punto de romper; que tambien es decir que, de la misma manera que un ejército así bien ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponersele cosa delante que no la rinda y sujete; así, ni mas ni menos, no habia poder ni resistencia alguna contra la fuerza y hermosura extremada de la esposa; y por esta causa añade luego:

«Vuélvete los ojos tuyos, que me hacen fuerza.» Como si levantando la mano en alto y poniéndola delante del rostro, y torciendo los ojos á otra parte, dijese: Esposa mia, no me mires, que me robas con tus ojos y me traspasas el corazon. En lo cual habiendo el esposo loado en suma la belleza de la esposa, y queriendo loalla otra vez por sus partes, comienza lo primero por los ojos, y para